

día llegaron á México dos despachos, transmitidos ambos por el cable. Al recibirlos, el emperador sintió verdadera aprensión, y en seguida los entregó á un austriaco de su séquito, el consejero de Estado Herzfeld, para que los descifrara. Este, en cuanto hubo restablecido las primeras palabras, palideció, y esforzándose por disimular su turbación, fingió que no comprendía. Vagamente habló de una persona enferma y que sería, dijo, una de las damas de la emperatriz. «Debe suceder algo horrible, interrumpió Maximiliano; pero hable, hable usted, estoy preparado á todo.» Herzfeld vaciló todavía; intentó disimular, y por fin apareció la verdad. Un instante después, Maximiliano llamaba al doctor Basch, que había asistido al comienzo de la escena, pero que se había retirado después; y haciendo alusión á uno de los pasajes del despacho: «¿Sabe usted, le preguntó ansiosamente, quién es el doctor Riedel de Viena?—Es, replicó el doctor Basch, el director del manicomio.» Esta contestación fué el último rayo de luz. Maximiliano no ignoraba ya nada de su desgracia (1).

III

El paquebote *Emperatriz Eugenia*, que había llevado en 15 de julio á Europa á la princesa Carlota, reapareció á mediados de octubre en aguas de Veracruz. Entre los pasajeros que desembarcaron encontrábase el general Castelnau, ayudante de campo del emperador. En tiempo normal, y en el ir y venir de militares que las necesidades del servicio llevaban á México ó devolvían á Francia, el desembarque de un nuevo oficial general no hubiera sorprendido mucho; sin embargo, la empresa se acercaba á su término y eran poquísimos los que llegaban. No vacaba ninguno de los mandos superiores del ejército, y el crédito personal del general, sus funciones cerca del soberano, eran muy propias para atraer la atención. En el cuerpo expedicionario y entre los mexicanos la curiosidad era vivísima. Sospechóse algo raro, insólito. Lo que nadie hubiera adivinado eran los poderes exorbitantes de que el recién llegado estaba investido, poderes que abarcaban á la vez la política y la guerra sin excepciones, y que, por otra parte, no debía poner de manifiesto más que en caso de necesidad: debía vigilar la evacuación y visar todas las órdenes destinadas á asegurarla; podría, cuando bien le pareciese, autorizar las operaciones que se juzgasen necesarias; intervendría en todos los consejos y fiscalizaría, si lo juzgaba conveniente, todas las medidas propuestas por la autoridad francesa en la esfera diplomática, militar ó civil. Verdadero representante del soberano, había de ser el portavoz y el intérprete del emperador, y todas las autoridades francesas, incluso el mariscal, estaban obligadas á ceder ante sus requisitorias escritas. Al final de la nota por la cual Napoleón instituí esta misión extraordinaria, una sola palabra resumía los poderes de su mandatario: «El general Castelnau debe considerarse que obra como obraría yo mismo.» A primera vista la resolución del emperador parecía ofrecer más inconvenientes que ventajas. La duración de la guerra, el aislamiento y el abandono de las guarniciones lejanas, la

(1) *Erinnerungen aus Mexico, Geschichte der letzten zehn Monate des Kaiserreichs*, von doctor Basch, tomo I, págs. 45-47.

obscuridad de los asuntos políticos ó militares, todo había enervado un poco los hábitos de disciplina. ¿Qué quedaría de los vínculos de subordinación si se veía un general de brigada sobreponerse á un mariscal de Francia? La sola aparición de aquel enviado todopoderoso, de aquel legado á *latere*, haría pesar sobre Bazaine una sospecha general que destruiría su prestigio ya muy disminuido. El emperador había comprendido todo lo que tendría de contrario á la jerarquía semejante designación. La misión estaba rodeada de una especie de misterio.

Lo que es difícil de justificar desde el punto de vista de las reglas ordinarias ó de la disciplina, se explica por las ansiedades del emperador, por el estado de la opinión pública, por las dificultades complejas á que nos había arrojado la desgraciada cuestión de México.

México, no nos cansaremos de repetirlo, había llegado á ser en aquella época un verdadero tormento para Napoleón, asediado por múltiples advertencias. La empresa pesaba sobre toda nuestra política exterior, absorbía una parte considerable del material disponible de guerra, destruía el equilibrio de nuestros presupuestos: de ahí las observaciones ansiosas de los ministros de Negocios extranjeros, de la Guerra y de Hacienda. El Sr. Fould era el más alarmado de todos: en esta misma época y en una memoria muy extensa suplicaba al emperador que pusiese cuanto antes fin á todo (2). Durante mucho tiempo se había creído que las riquezas mexicanas, una vez explotadas, nos resarcirían de todos los sacrificios; para mantener esta esperanza el *Monitor* se había dedicado á publicar de cuando en cuando los cuadros ascendentes de los ingresos aduaneros. Esta progresión se había detenido: más aún, todos los puertos de los dos Océanos, salvo el de Veracruz, estarían pronto en manos del enemigo. Los que tenían derecho á indemnización no tenían confianza en sus reclamaciones; los suscriptores á los empréstitos temían por su crédito. El director del *Comptoir d'Escompte*, Sr. Pinard, que adquiriera el resto de las obligaciones mexicanas cedidas á Francia, había invocado desde el mes de mayo la cláusula resolutoria que, en caso de fuerza mayor, es decir, de caída del imperio mexicano, le eximía de la ejecución del contrato. A pesar de varios requerimientos, se negaba á efectuar las entregas de dinero y á admitir las de títulos. Bajo todas estas influencias el empréstito al 6 por 100 de 1864 había descendido á 27 francos y las obligaciones de 1865 á 160 francos; sin embargo, los portadores esperaban con ansiedad la época de cortar el cupón, es decir, el vencimiento de 1.º de octubre. El 18 de septiembre un aviso fijado en la Bolsa anunció que no habiendo hecho el gobierno mexicano ningún envío de fondos, quedaba aplazado el pago. Con objeto de atenuar esta nota triste, recordó el presidente de la comisión que estaba destinada á la reconstitución del capital una cantidad de 34 millones. El consuelo pareció flojo, y los prestamistas, desengañados, desatáronse en reproches menos contra México, que no conocían, que contra el gobierno francés, al que hacían responsable de su desgracia. En medio de todos estos sinsabores, los americanos de los Estados Unidos seguían siendo una gran preocupación. Vigilaban cuida-

(2) Véase *Papiers des Tuilleries*, tomo II, págs. 73 á 77.

dosamente nuestros puertos por temor de que ningún barco llevase socorros á México. Con afectación mortificante negábanse á tratar con nosotros á no ser por notas escritas. Habiendo sido nombrados ministros de Maximiliano el general Osmont y el intendente Friant, un despacho casi insolente de Mr. Seward señaló en seguida este doble nombramiento como incompatible con el próximo llamamiento de nuestras tropas. En su prisa por vernos partir, el gabinete de Washington había establecido á nuestro alrededor un verdadero espionaje y ejercía sobre todos nuestros actos una verdadera inquisición.

Todas estas preocupaciones habían seguido al emperador en sus excursiones á Vichy, y á Saint-Cloud. Con impaciencia de enfermo aspiraba á desembarazarse de México, pero la salida había de ser aún más difícil que trabajosa fué la entrada. Sería menester concentrar de todos los puntos del país nuestros destacamentos dispersos, encaminarlos hacia el mar en una actitud ni provocativa ni temerosa, y durante este largo trayecto guardarlos contra toda sorpresa del enemigo. Sería preciso también no disgustar á los Estados Unidos, pero sin que sus intimaciones precipitasen nuestra marcha y sin que ésta tuviese el carácter de una expulsión. A ser posible, habría que impedir allí que se produjese una anarquía peor que la que habíamos anteriormente denunciado y vencido. Sobre todo, habría que salvar, aunque fuese á pesar suyo, al príncipe á quien se había comprometido, y qué otro medio de salvarlo que llevarse consigo? ¿De quién fiarse para una misión tan dificultosa? Napoleón tenía en sus manos una serie de cartas, de notas y de memorias, todas recibidas de México y todas mutuamente acusadoras: Maximiliano acusaba á Bazaine, y Bazaine á Maximiliano; la emperatriz Carlota en la audiencia de Saint-Cloud había enumerado hacía poco sus cargos contra el comandante del ejército, contra Francia misma. A éstos se añadían los despachos del jefe de la misión francesa, Sr. Dano, los informes de los inspectores de Hacienda, y además toda suerte de correspondencias manuscritas, comunicadas ó interceptadas. De todas estas correspondencias, las más graves y también las más sombrías eran las cartas del general Douai, irritado contra Bazaine hasta la exasperación, y mofándose de los hombres y de las cosas con una fantasía sin trabas. De esta abundancia de documentos, casi todos contradictorios, se había originado en el espíritu del emperador una inmensa confusión y una desconfianza general contra todos sus agentes: de ahí una idea en la cual el príncipe se había complacido, la de buscar en torno suyo un intérprete fiel de sus deseos. Castelnau era instruido, de espíritu recto, inaccesible á la corrupción y además reservado como un diplomático y algo altanero en su trato. En esta ocasión semejante rigidez sería ventajosa, puesto que desconcertaría toda pregunta indiscreta y esquivaría toda familiaridad inoportuna. Todos estos motivos habían decidido al emperador á elegirle. El general sería, como se ha dicho, el *alter ego* de Napoleón. En cuanto á su misión, podía resumirse en una palabra: terminar á toda costa y de la manera más ventajosa para los intereses de Francia la empresa de México; obtener la abdicación de Maximiliano, traerlo consigo á Europa, hacer de modo que esta desgraciada cuestión

pudiese ser olvidada como una pesadilla y relegada al pasado. En otro tiempo, en la primavera de 1864, cuando Maximiliano permanecía indeciso en Miramar, el general Frossard fué enviado á Austria para recabar su aceptación y activar su marcha. La misión de Castelnau había de ser el reverso de la misión Frossard. Castelnau también debería precipitar la marcha del príncipe, pero esta vez para Europa. Había de ser el liquidador de la quiebra mexicana, el mensajero de la abdicación.

De este modo quedaba explicado el viaje del general. Al alejarse de la costa y al aproximarse á México, pareció durante algunos días que el desenlace que perseguía iba á realizarse por sí solo.

Hemos dejado á Maximiliano abrumado por su gran dolor. Todo se derrumbaba en torno suyo, su felicidad privada lo mismo que su trono. Bajo la doble influencia del clima y de las preocupaciones, su salud se debilitaba y frecuentes accesos de fiebre minaban sus fuerzas. Por los correos de Europa había sabido los desastres de Austria, y estas noticias despertaron en él un doble pesar: el de ver á su país reducido, y el de considerar que había ido á buscar locamente muy lejos el gran papel que su propia patria le hubiese quizás reservado. En el fondo era el príncipe de alma débil, tenía aspiraciones ambiciosas, pero no la firme tenacidad que distingue á los verdaderos ambiciosos. El peso de tantas desgracias comenzó á doblegarle como el de una carga demasiado pesada. El 20 de octubre escribió á Bazaine una carta cuyo tono contrastaba mucho con el de sus precedentes comunicaciones. Anunciábale su intención de trasladarse á Orizaba: para justificar el viaje invocaba Maximiliano la opinión de los médicos que á fin de curar sus fiebres le aconsejaban un cambio de clima, y además el deseo de acercarse á la costa para recibir antes las noticias que esperaba de Miramar. «Con la mayor confianza, continuaba el emperador, me fio de vuestro tacto para el mantenimiento del orden en la capital.» En tono cada vez más afectuoso proseguía el príncipe: «En estas circunstancias dolorosas y difíciles cuento más que nunca con la lealtad y la amistad que me habéis siempre demostrado (1).» Para quien leyere entre líneas, esta carta parecía indicar en el príncipe un estado de espíritu completamente nuevo: era triste como una despedida. Lo más significativo era el proyecto de viaje. Esta ida á Orizaba ¿no era la primera etapa hacia Europa? ¿Y no quería el príncipe aprovechar las últimas horas propicias, aquellas en que el camino estaba libre todavía y en que la retirada no parecería una fuga?

El 21 de octubre, mucho antes de amanecer, Maximiliano abandonó Chapultepec, y pasando de largo por México, á cuyo fin dió un rodeo por el Sur de la gran ciudad, tomó la carretera que conduce hacia el Oeste. Habiéndose propalado la noticia, fué general la creencia de que, más que de una ausencia momentánea, se trataba de una marcha definitiva. El jefe del gabinete, Sr. Lares, tuvo intención de dimitir y dicese que sólo consentió en conservar su cargo á instancias del mariscal y á fin de asegurar la tranquilidad pública. Sin embargo, al entrar el emperador en Ayotla, se encontró con que

(1) Carta del 20 de octubre de 1866 al mariscal Bazaine (véase la defensa del Sr. Lachaud, proceso Bazaine, *Gazette des Tribunaux*, 8 de diciembre de 1873).

el general Castelnau acababa también de llegar. El ayudante de campo de Napoleón, al saberlo, solicitó una audiencia: Maximiliano pretextó el estado de su salud y renunció a la entrevista, como si ya no le incumbiesen estos cuidados. Las dos comitivas se alejaron en sentido inverso. El 27 de octubre el soberano hizo su entrada en Orizaba, donde fué objeto de algunas aclamaciones, pues era querido de las masas populares, y había de serlo en un grado excepcional para que estas afectuosas demostraciones no sólo sobreviviesen á su fortuna, sino que arrostrasen el temor de próximas represalias. En Orizaba, durante los primeros días, todo pareció confirmar que se llegaba al término de este reinado doloroso. Uno de los principales cuidados de Maximiliano era detener las persecuciones políticas, suavizar la ley de 3 de octubre de 1865, revocar, en una palabra, todas las medidas que hubiesen podido en lo porvenir darle fama de riguroso. Durante su viaje notificó á Bazaine en una carta sus intenciones á este respecto, y en el vago lenguaje que le era habitual le expresaba el deseo de que «cesase desde luego toda hostilidad.» «No quiero que se vierta más sangre por mí,» acostumbraba á repetir á sus familiares; y lo que temía sobre todo era que su abdicación se señalase por una recrudescencia en la guerra civil. Componían su escolta húsares austríacos, y eran también austríacos la mayor parte de los que le rodeaban, como si ya el archiduque reapareciese en la persona del emperador. Dícese que el soberano preparó diferentes cartas de despedida á sus ministros, á sus amigos, y llegó hasta á dictar las disposiciones de su viaje. Sin embargo, en México el palacio imperial había quedado desierto y á merced de los servidores, que se entregaban al saqueo, como se recogen pieza por pieza los restos de un buque naufrago. Lo que confirmaba los rumores de partida era la presencia de una fragata austríaca, el *Dandolo*, anclada en aguas de Veracruz, y á bordo de la cual habían sido ya transportados varios objetos de valor. Una noche, sin duda, ocultándose á sus amigos lo mismo que á sus enemigos, ganaría la playa, emprendería su regreso á Europa, y el sueño mexicano aparecería terminado.

Castelnau había llegado á México. En lo sucesivo tres autoridades representarían al gobierno imperial: el mariscal Bazaine, comandante en jefe; el Sr. Dano, ministro de Francia, y en fin, el ayuda de campo de Napoleón. Los tres, decía el general Douai, formaban el *triumvirato de la Intervención*. Lo esencial era que reinase la armonía entre los triunviros. Castelnau había llevado á México una idea muy clara, de la que no debía apartarse en ningún momento de su misión: deseaba terminar cuanto antes, repatriar el ejército y llevarse consigo al archiduque. El Sr. Dano, ministro acreditado cerca de Maximiliano, estaba especialmente absorbido por un asunto muy importante, el de su próximo enlace con una riquísima heredera del país; pero, si se consagraba á los deberes de su cargo, se encerraba las más veces en su papel especial: el de órgano de las reclamaciones financieras de Francia contra el gobierno mexicano, misión ingrata y además muy irrisoria, vista la insolvencia del deudor. De los tres personajes el más importante era Bazaine, cuyo verdadero pensamiento sería el más difícil de adivinar. Toda la historia de sus relaciones con Maximiliano se había limitado á una

serie de desavenencias y de reconciliaciones, de despaños agrídulces y de protestas, al parecer, cordiales. A ser hombre de genio, el mariscal hubiera dominado al príncipe; á ser rígido en el cumplimiento de sus deberes, hubiera conservado su afecto aun infligiéndole frecuentes sinsabores. No era ni lo uno ni lo otro, y esta fué su desgracia así como la nuestra. Con todas las apariencias de la bondad, mostraba en los negocios la más deplorable disposición, á saber, gustaba de las sutilezas y, lo que es peor, de las sutilezas inútiles: era de los que escogen la línea oblicua como por atracción natural aun cuando la vía derecha baste. Por otra parte, estaba inclinado á ver en el espíritu de los demás todas las complicaciones que había en el suyo. Al cabo de tres años de mando habíanse revelado plenamente estas funestas costumbres. Acogido en otro tiempo con confiada alegría, Bazaine habíase hecho indiferente á los soldados, sospechoso á los oficiales: él mismo se inclinaba á sospechar, en las filas del ejército, de cualquiera que se elevara por cima de la talla común ó que hubiese merecido los favores de Maximiliano. Alrededor de éste, y con el pretexto de que también se le vigilaba, Bazaine había establecido un verdadero sistema de espionaje. La dificultad de las situaciones recíprocas permitía apenas evitar todo conflicto. El mariscal, aunque de maneras fáciles, carecía de esa graciosa dignidad que es fruto del tacto ó de la educación y que atenúa los rozamientos inevitables. Con respecto al emperador, habíase mostrado, ora altanero, ora afectadamente obsequioso; sobre todo había empleado su sutileza en desasirse de todo cuanto no prosperaba. Así lo echó á perder todo, aun sus mismos servicios, pues los prestó al príncipe muy señalados, especialmente desde el punto de vista financiero. En estas condiciones de prestigio menoscabado encontró Castelnau á Bazaine. ¿Hallaría en él un auxiliar diligente ó inactivo? El mariscal acogió muy bien en un principio al mensajero imperial, por requerirlo así la política; y no conoció hasta más tarde la amplitud de sus poderes. Sin embargo, el comandante en jefe habría estado muy por debajo de su sagacidad habitual si no hubiese adivinado muy pronto en aquel subordinado jerárquico que le debía el respeto una especie de gran inquisidor que, llegado el caso, sabría arrojar la careta. De ahí una inclinación muy natural, si no legítima, á ayudar medianamente al recién llegado y aun poner disimuladamente algún obstáculo ante sus pasos. No cabe dudar que Bazaine creyó en la caída de Maximiliano y en la necesidad de su abdicación más ó menos próxima; pero se le encontraría menos ardiente en seguir su opinión propia si ésta era también la de Castelnau. Aun juzgando inevitable la crisis, tenía Bazaine, por otra parte, varias razones para no desealarla muy pronto. Se había casado en México, su esposa estaba encinta, y tenía que liquidar importantes intereses pecuniarios. Quizá también, retardando las soluciones, esperaba que de este estado tan complicado de cosas saldría algo favorable á su propio encumbramiento; esta creencia, si bien no está basada en ningún dato positivo, era entonces y es hoy todavía casi universalmente admitida entre los oficiales del cuerpo expedicionario. En fin, el rango del mariscal en México era demasiado brillante para que de él descendiese sin echarlo de menos. Prolongar el imperio era prolongar su papel de ma-

yordomo mayor de palacio. Sucedería, pues, que el comandante en jefe y el ayuda de campo imperial seguirían dos caminos, no contrarios en apariencia, pero sensiblemente distintos: el uno marcharía directamente á su objetivo, que era la abdicación; el otro, sin combatir abiertamente esta conducta, sólo se adheriría á ella con reservas, dilaciones, reticencias, y á intervalos sostendría secretamente y aun protegería al príncipe, si bien con protección equívoca, interesada y tan poco tranquilizadora como el abandono. Sin embargo, todos los pensamientos se dirigían hacia Orizaba, de donde Castelnau esperaba la palabra decisiva que pondría fin al imperio. A medida que transcurrían los días, pareció que Maximiliano mostraba poco empeño en librarnos de la preocupación de guardarle.

El 31 de octubre, el *Diario oficial de México*, después de haber anunciado el restablecimiento del emperador, añadía estas palabras: «De modo que se encuentra realizado el objeto del viaje de Su Majestad.» ¿Qué significaba esta nota que parecía anunciar un pronto regreso á la capital? El mismo día, Maximiliano, en una carta á Bazaine, habló nuevamente de la abdicación en un tono menos decidido y subordinándola á ciertas negociaciones cuyo resultado esperaba. Mientras tanto, los personajes más bulliciosos del partido monárquico rodeaban al soberano y le engañaban de mil modos esforzándose por conjurar la resolución suprema. El más ardiente de todos era el P. Fischer, de origen alemán, implantado en México, hombre muy ambicioso, muy intrigante, que llegó á ser en aquel tiempo secretario del príncipe y fué el portavoz de los clericales más avanzados. Se dice que entre los extranjeros algunos hicieron presentes con energía al emperador los inconvenientes de la abdicación, y le exhortaron á guardar, por lo menos provisionalmente, la corona: en este número se contaban, según se asegura, el barón Magnus, ministro de Prusia, y especialmente Mr. Scarlett, ministro de Inglaterra, quien en aquella época pasó por Orizaba de regreso á la Gran Bretaña. La opinión de Europa preocupaba en grado superlativo á Maximiliano, quien recibía con avidez todos los consejos que le traían los correos de allende los mares. En esto, el príncipe recibió de Bruselas una carta que podía influir mucho en sus decisiones: era del Sr. Eloin, un belga que había sido en otro tiempo su jefe de gabinete y gozado de su valimiento. El Sr. Eloin, hostil desde muy antiguo á los franceses, veía en la reprobación del general Osmont y del intendente Friant y en la misión reciente del general Castelnau las pruebas de que Napoleón sólo soñaba en desembarazarse de México y en hacer recaer sobre su aliado la responsabilidad del fracaso. Exhortaba á Maximiliano á no hacerse instrumento de una política egoísta, de la que sería la primera víctima. «Desistir de la empresa antes del regreso del ejército francés, continuaba diciendo, sería interpretado como un acto de debilidad.» «El emperador, añadía, recibió su mandato por el voto popular; es, pues, al pueblo mexicano, libre de la presión de una intervención extranjera, á quien debe hacer un nuevo llamamiento, y es á él á quien debe pedir el apoyo material y financiero indispensable para subsistir y engrandecerse... Si este llamamiento no era atendido, entonces y únicamente entonces Su Majestad, habiendo cumplido hasta el fin su noble misión, regresaría á Europa con todo el presti-

gio que le rodeara á su partida.» El Sr. Eloin, con pérfida habilidad, no dejaba de insinuar, al terminar la carta, que este prestigio debía ser cuidadosamente mantenido en vista de las eventualidades que podrían producirse en el viejo continente. «Al pasar por Austria, decía, he podido comprobar el descontento que allí reina y que todavía no se manifiesta en hechos. El emperador está descorazonado; el pueblo se impacienta y pide su abdicación públicamente; las simpatías por Vuestra Majestad aumentan ostensiblemente en todo el territorio del imperio.» Esta memoria era confidencial, y, al leerla, Maximiliano creyó que nadie más había pasado por ella los ojos, en lo cual se equivocaba. Con imprudencia extraña en un hombre que se creía hábil, el señor Eloin había transmitido su carta por conducto del cónsul de México en Nueva York. Ahora bien, México tenía en Nueva York dos agentes, el de Maximiliano y el de Juárez, y este último era el único oficialmente reconocido. A él le fué entregado el pliego. El secreto se divulgó, y la carta, en el momento en que llegaba á su destinatario, veía la luz en los periódicos de los Estados Unidos: de este modo fué conocida por las autoridades francesas, que pudieron ver en ella la doble prueba de las acusaciones de que eran objeto y de las influencias ejercidas sobre el desgraciado Maximiliano.

En México Castelnau contaba los días, impacientándose por los retrasos. Su ansiedad creció á raíz de una visita que le hicieron los ministros del emperador: sea ilusión, sea engaño, éstos afirmaban que podrían mantenerse por sus propias fuerzas. El general, inquieto al ver que se aplazaba el desenlace, resolvió enviar á Orizaba un mensajero de su entera confianza, encargado de sondear las intenciones de Maximiliano y de patentarle todas las razones que hacían urgente la abdicación, y que le refiriera á su regreso lo que hubiese averiguado. Para ello eligió á un capitán de zuavos, muy joven entonces y que estaba en los comienzos de la más brillante carrera, el capitán Pierrón, quien, jefe de la secretaría militar de Maximiliano, había merecido la afectuosa confianza del príncipe por su irreprochable rectitud y por su incesante actividad. El oficial francés fué recibido por el emperador y tuvo con él una larguísima entrevista, hallándole poco dispuesto á volver á México é inclinado más bien á regresar á Europa. Abdicaría, pero antes de tomar esta resolución suprema quería asegurar, en cuanto de él dependiese, la suerte de los que le habían servido. Penetrado de estos sentimientos, deseaba que Francia repatriase las legiones austríacas y belgas, que los franceses garantizaran un sueldo ó una gratificación á los oficiales ó á los soldados heridos de uno ú otro cuerpo y que los empleados palaciegos fuesen convenientemente favorecidos. Habló de sus aliados con suma afabilidad, y de Napoleón con mucha deferencia. El 9 de noviembre, el capitán Pierrón regresó de Orizaba. Castelnau opinaba que sería por demás impolítico hacer esperar á Maximiliano las modestas satisfacciones que pedía antes de su partida, y en seguida envió un correo á Napoleón notificándole lo que ocurría, y que él consideraba como una buena noticia.

Los acontecimientos no estaban tan adelantados como creía el capitán Pierrón, ni tanto, sobre todo, como enviaba á decir Castelnau. El partido reaccionario re-

doblaba sus esfuerzos en torno del soberano. En aquellos días llegaron Marquez y Miramón, decididamente vueltos al favor, ofreciendo su concurso á Maximiliano. Los correos que recibía de Europa no animaban al príncipe á volver á Austria, en donde debería presentarse despojado de su título de emperador y no restablecido en sus privilegios de archiduque: estos consejos se daban con tanta más libertad, cuanto que nadie sospechaba entonces que la vida de Maximiliano pudiese correr el menor riesgo. Siempre inconstante en sus impresiones, el monarca se sentía perplejo. En el fondo, su alma altiva rechazaba muy lejos toda resolución que pudiese parecer temerosa. Volver á Veracruz en los furgones del ejército francés y sufrir que sus aliados imputasen el fracaso á su debilidad, era una idea para él insostenible. Condenada la empresa, importaba que el desenlace fuese digno de él y que, perdiendo su trono, conservase su rango. Dominado por estas consideraciones, Maximiliano hablaba aún de renunciar la corona, pero subordinaba cada vez más su abdicación á todas aquellas condiciones que pudiesen retardarla. El 18 de noviembre dió las gracias á Bazaine, al Sr. Dano y al general Castelnau por su celo en dejar arreglados los asuntos por que se interesaba, ó sea la suerte de las gentes de palacio, de los soldados belgas y de los legionarios austriacos. Luego añadía esta frase singular: «Queda por fijar lo definitivo, á saber, un gobierno estable para proteger los intereses comprometidos.» A fin de preparar esta transmisión de poderes, el emperador proponía á las autoridades francesas una próxima conferencia, la cual, decía con extraño optimismo, lo arreglaría todo de una manera satisfactoria. Maximiliano consentía siempre en abdicar, pero se presentaba como árbitro del país que iba á abandonar, y desde luego trataba de proveer su sucesión. Esta sola restricción volvía á sumergir en lo desconocido á los que ya se creían tocar el desenlace. La decepción de Castelnau es fácil de comprender. En cuanto á Bazaine, se puede afirmar sin temor de equivocarse que la decepción del general no le desagradaba. Públicamente hacía, como Castelnau, votos en favor de la abdicación: en secreto inclinábase á retrasar la caída del poder imperial. ¿Qué se proponía al obrar de esta suerte? El mariscal no reveló su secreto. Lo que parece casi seguro es que hacia el 20 de noviembre, en el momento en que un ayuda de campo de Maximiliano, el coronel austriaco De Kodolich, iba á regresar de México á Orizaba, el comandante en jefe le autorizó para decir á su señor que si Su Majestad se decidía á volver á la capital, las tropas francesas podrían, á lo que parece, permanecer en México hasta el mes de noviembre de 1867. ¡Qué ánimo infundía en el desgraciado emperador esta engañosa confianza! Había salido hacia poco para Orizaba, decidido á aliviarse de la pesada carga. La reflexión había despertado en él un resto de esperanza, había llevado á su alma el temor de que el regreso á Europa pareciese debilidad ó cobardía. Mas he aquí que en el momento en que, un poco por esperanza, mucho por pundonor, se inclinaba á conservar la corona, supo que los representantes de Francia no estaban acordes y que uno de los dos jefes militares, el más significado por su graduación, le sostenía bajo mano. Con esta impresión, se inauguró el 26 de noviembre en Orizaba la solemne conferencia que había anun-

ciado el emperador. El general Castelnau, lo mismo que el Sr. Dano, se había excusado, y el mariscal, invocando la imposibilidad de hacerse substituir en el mando, imitó su ejemplo. Diez y ocho miembros asistían á la reunión, todos ministros, consejeros de Estado ó altos dignatarios: ocho miembros fueron partidarios de la abdicación, y diez del mantenimiento del imperio. Cuatro días después, Maximiliano anunciaba en una proclama á su pueblo la resolución de conservar la corona y de regresar á México; añadía que ulteriormente se convocaría un congreso nacional que fijaría la suerte definitiva del país.

Los monárquicos mexicanos, que habían constituido el imperio, acababan de lograr su última victoria, la más funesta de todas, puesto que daría origen á sus mayores desgracias. Al saber que conservaban su príncipe, fingieron demostraciones ruidosas como para engañar á sus adversarios y hacerse á sí mismos la ilusión del número. Hasta en las más pequeñas poblaciones desplegóse un alegre aparato que contrastaba con las ansiedades de la víspera y los peligros del siguiente día.

IV

Mientras los partidarios de Maximiliano se disponían á hacer un supremo esfuerzo, Bazaine había llamado á los destacamentos diseminados en varios puntos de México: así lo disponían las órdenes de Napoleón, quien después de haber ordenado la evacuación en tres épocas, decidió que todo el ejército fuese repatriado de una sola vez. Nuestros soldados, que durante tres años habían llegado en sus marchas hasta las fronteras de los Estados Unidos y hasta las playas del Pacífico, se replegaban hacia los grandes caminos que los conducían al centro del imperio. Unas tras otras dejaban escapar sus conquistas: un día abandonaban una ciudad, luego otra, y así iba estrechándose á sus espaldas el círculo que en otro tiempo habían ensanchado. Todas estas evacuaciones se parecían. Los comandantes militares entregaban las plazas á las autoridades indígenas, ya temerosas y prontas á dimitir; les dejaban algunas provisiones en víveres, en armas, en municiones, débiles recursos que las más de las veces sólo aprovechaban á los juaristas. Luego, habiendo hecho todo cuanto les era posible, reunían sus columnas al amanecer y se alejaban en una actitud marcial que, por lo menos, intimidaría al enemigo. Generalmente no partían solos, sino que en su seguimiento se escalonaban carromatos, coches á veces suntuosos y grupos de jinetes, que, habiendo tenido la mala fortuna de aceptar nuestros favores, y no habiendo podido ó querido separarse de nosotros á tiempo, no era posible que encontrasen clemencia. Una sola idea dominaba á estos desgraciados: liquidar á cualquier precio sus negocios, vender sus bienes, llevarse lo que tenían de más precioso, escapar al destierro. Ora hablaban de seguirnos hasta el mar y de embarcarse con nosotros, ora pensaban en hacerse súbditos americanos, y sólo un mal les parecía irremediable: el de caer en manos de sus compatriotas. Estos temores no eran vanos, pues más de una vez nuestras retaguardias, al retirarse, pudieron ver á las partidas liberales precipitarse sobre las ciudades abandonadas; un poco más y hubie-

sen oído los primeros ecos de las represalias contra aquellos que perdían nuestra protección.

Todos los sobrevivientes de la expedición han conservado el recuerdo de la dolorosa retirada. Más allá estaba la patria tantas veces soñada durante el largo destierro, cuya perspectiva se afeaba con las angustias que dejábamos en pos nuestro. Para algunos cuerpos la marcha estuvo llena de impresiones y de fatigas, pues los obstáculos eran tan grandes como largo el camino. Así ocurrió en el 62.º de línea, aventurado en Sonora y en Sinaloa y que debió ser conducido desde Guaymas á Mazatlán, luego á San Blas, después á Tepic y por fin hacia las provincias centrales. Durante el otoño de

pués de nuestra retirada, primero nuestra legión extranjera que se le dejaría en virtud del tratado de Miramar, luego las legiones austriacas y belgas, y, finalmente, los batallones de *Cazadores*, constituidos en parte con cuadros europeos: esta era la organización oficialmente decretada. ¿Cuál hubiera sido la fidelidad de estos cuerpos, un poco debilitados ya por la mala fortuna y reducidos á causa de las deserciones? Difícil es conjeturarlo; pero no tuvo que hacerse la experiencia. A esta hora extrema de la empresa, plugo á Napoleón destruir lo que varias veces había impulsado á crear. Interrogado por Bazaine y Castelnau, contestó desde Compiègne, el 13 de diciembre, en un telegrama concebido en los si-



Palacio de Chapultepec

1866 señalábase cada día por alguna disminución del imperio. En el Sur Oaxaca cayó en manos de Porfirio Díaz. En el Nordeste Matehuala fué evacuada el 28 de octubre, y el 23 de diciembre lo fué San Luis de Potosí. Al Noroeste nuestras tropas retrocedieron desde Durango á Zacatecas, y luego á Aguas Calientes; el 12 de diciembre abandonóse Guadalajara. El lugar de concentración fué Querétaro, que había venido á ser el punto extremo en que ondearía nuestra bandera. Sin embargo, de todos lados y aun en los alrededores de la capital surgían un sin número de pequeñas partidas. Ya las *Tierras calientes* se llenaban de guerrillas y era de temer que intentasen molestar ó interrumpir nuestra marcha hacia el mar. A la verdad, muchos se tranquilizaban y creían que los mexicanos, recordando el antiguo proverbio, sabrían tender un puente de plata al enemigo que se alejaba.

En previsión de nuestra partida, habíanse hecho poco antes serios esfuerzos para asegurar á Maximiliano después de la evacuación una fuerza capaz de sostener su trono. Recuérdase que Napoleón había dirigido á este objeto eficaces recomendaciones al mariscal Bazaine. Además de los cuerpos indígenas propiamente dichos, puestos bajo las órdenes de Mejía, ó que se reunirían á la voz de Miramón ó de Marquez, parecía que el emperador debiese conservar á su disposición, des-

guientes términos: «Repatriad á la legación extranjera y á todos los franceses, soldados ú otros, que deseen regresar, así como á las legiones austriacas y belgas, si lo solicitan. Los transportes saldrán de aquí á fines de diciembre.»

Deseoso de liquidar á toda costa el asunto de México, Napoleón borraba sin escrúpulo lo que quedaba del tratado de Miramar; rompía con un acto de omnipotencia los compromisos militares contraídos en servicio de un príncipe extranjero. Dos solas consideraciones explicaban este exceso de arbitrariedad: primero, la convicción de que cuanta más gente se embarcase, más vidas se sustraerían á las venganzas de los juaristas; en segundo lugar, la suprema esperanza de que, privando á Maximiliano de todos sus recursos, se le obligaría moralmente á renunciar á la corona y á regresar en los transportes franceses.

Los franceses, en efecto, y en particular Castelnau, no habían renunciado totalmente á arrancar al príncipe su abdicación. Maximiliano se había alejado de Orizaba, lentamente, como extenuado por sus viajes y por sus tareas. Mientras sus partidarios celebraban en México públicamente la conservación del imperio, poco faltó para que se rindiese á la carga. Habiendo subido á las Cumbres, no fué más allá de Puebla y, sin entrar en la ciudad, hizo alto en la casa de campo del obispo.